

***De la crítica de la cultura a la
construcción de un proyecto histórico***

Héctor M. Leyva

306 Leyva, Héctor M.
L59 De la crítica de la cultura a la construcción
de un proyecto histórico / Héctor M. Leyva
-1ª. ed. --Tegucigalpa: Litografía López, 2003.
21 p.

ISBN 99926-662-0-X

1. SOCIOLOGÍA DE LA CULTURA

Colección Visión de País 7

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)
Colonia Palmira, Ave. República de Panamá, Tegucigalpa, Honduras. Diciembre, 2002

Diseño y diagramación: Giovani Fiallos
Ilustración de portada: "Indias de Guajiquiro" de María del Carmen Durón
(Tomado del *Catálogo de Pintores*, colección Banco Atlántida)

Las ideas expuestas en los Cuadernos de Visión de País son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la visión del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Prólogo

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en Honduras, como un aporte destinado a facilitar los procesos de democratización y difusión del conocimiento y la información pertinente para el desarrollo del país, inicia la publicación de tres colecciones: **Visión de País, Cuadernos de Desarrollo Humano Sostenible y Prospectiva**.

Estas series son fruto del trabajo de la Unidad de Prospectiva y Estrategia (UPE) de la oficina del PNUD en Honduras y están destinadas a difundir el pensamiento de académicos, intelectuales, técnicos e investigadores hondureños y extranjeros que desde diferentes perspectivas se enfoquen en la construcción del paradigma del desarrollo humano sostenible.

La difusión y creciente adopción a escala internacional y nacional de un nuevo paradigma del desarrollo humano sostenible, cuya premisa y finalidad es ampliar las capacidades y oportunidades de los individuos, conlleva el desafío de insertarlas y aplicarlas como un eje transversal en la construcción de un proyecto de país. Éste es el propósito de las reflexiones y análisis presentes en cada uno de los trabajos publicados en estas colecciones.

Nuestro propósito es contribuir al análisis y diseño de estrategias y políticas públicas, globales y sectoriales, que reflejen y respondan a la realidad hondureña. Estamos seguros de que la comunidad nacional e internacional encontrarán aquí un espacio para la reflexión y el diálogo en torno a los problemas del desarrollo y el fortalecimiento de la democracia en Honduras.

Jeffrey Avina
Representante Residente
del PNUD en Honduras

Colección Visión de País

La Unidad de Prospectiva y Estrategias (UPE) del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) es una instancia de análisis, reflexión y apoyo a la gestión de gobierno, sociedad civil y comunidad internacional. Bajo estos lineamientos, es el soporte técnico y administrativo del Foro de Fortalecimiento de la Democracia (FFD), y su objetivo principal es apoyar los procesos de diálogo en materia de desarrollo y democracia, especialmente facilitando y apoyando los procesos de concertación nacional.

Bajo la premisa de la democratización y participación ciudadana como condiciones indispensables para el desarrollo, la UPE ha decidido editar una serie de publicaciones bajo el título de **Colección Visión de País**, con el fin de contribuir a generar el pensamiento, la reflexión y las acciones necesarias en la construcción de procesos de visión de país, tanto globales como sectoriales, regionales y nacionales.

La **Colección Visión de País** recibirá el aporte de diversos intelectuales y académicos nacionales y extranjeros que desde diferentes disciplinas y marcos metodológicos aportarán con su pensamiento a forjar una visión de país para el siglo XXI.

Esperamos que estas publicaciones constituyan una herramienta para facilitar el diálogo y la profundización sobre el país que necesitamos construir, en la perspectiva de un desarrollo equitativo y sostenible centrado en los seres humanos.

Sergio A. Membreño Cedillo
Coordinador Unidad de Prospectiva y Estrategias
(UPE)/PNUD/Foro de Fortalecimiento de la Democracia (FFD)

Indice

Introducción	7
Evangelizadores	8
Liberales.....	10
Románticos	12
Pragmáticos	13
Regionalistas	15
Identitatis	17
Conclusión	19
Bibliografía	21

INTRODUCCIÓN

Entre las múltiples razones que podrían argumentarse para explicar los problemas sociales, la baja productividad o el atraso tecnológico en Honduras, una de las más recurridas ha sido la de la cultura. Si bien se considera que el país es rico en recursos naturales y que ocupa una posición geográfica estratégica, se achaca al carácter del hondureño, a su modo de ser, a sus costumbres, a su forma de ver el mundo o a sus instituciones el que no haya sido posible impulsar el desarrollo.

De hecho, si alguna forma de crítica ha sido permanente, ha sido la que se ha dirigido contra la cultura. A lo largo de la historia, el hondureño aparece repetidamente retratado en los escritos de sus hombres connotados y en la imaginería de sus tradiciones populares, con los tintes más oscuros y las cualidades más negativas. Una segunda mirada, sin embargo, puede mostrar cuánto de animosidad ha habido en este ejercicio de autocrítica, lo mismo que apreciar con más justicia los puntos de referencia, los valores y propósitos desde los cuales esos cuestionamientos han sido hechos y que han encerrado una cierta aspiración de lo que se ha deseado para el país.

El concepto de cultura es probablemente uno de los más controvertidos en las ciencias sociales por cuanto ha servido con frecuencia para descalificar a grupos humanos y pueblos. Con el ascenso del colonialismo en el mundo, el concepto fue utilizado por los europeos para explicar las costumbres de la gente en los territorios que iban conquistando. Mientras los europeos se consideraron a sí mismos “civilizados” tacharon de “primitivos” e “irracionales” a los pueblos que encontraban. Hoy en día, la cultura se emplea para explicar por qué grupos marginados o sociedades completas no se integran dinámicamente en las corrientes principales del capitalismo y la globalización, y en lugar de las viejas categorías se oponen la de “analfabeto” y “educado”, “tradicional” y “moderno”. La cultura en este sentido es lo que hace diferentes a los “otros” e impide que sean como “deben ser”, como “nosotros”.

En los países del tercer mundo no ha sido infrecuente que se asuman los puntos de vista europeo-occidentales para juzgar negativamente las diferencias y la propia cultura. En Latinoamérica la oposición civilización/barbarie común en los escritos de los próceres y los literatos, sirvió para impulsar el desarrollo de los grupos sociales y las culturas de los centros urbanos tanto como para promover la integración de las sociedades al hemisferio occidental. No obstante, la revisión de la discusión lleva a precaverse también de los riesgos de un relativismo cultural excesivamente complaciente o neutro que tiende a disolver el espíri-

tu crítico con la idea de que todo vale igual en la cultura.

En su acepción más antigua, la cultura fue entendida como el resultado del “cultivo” de la sociedad humana de modo que los que carecían de ella eran “bárbaros” o “salvajes”. La cultura fue vista como el paso del estado natural al estado humano, del reino del instinto al de la moral y la razón. Hoy se sabe que no hay “primitivos” y “civilizados”, que todos los grupos humanos participan de una cultura con racionalidades a veces sensiblemente diferentes, cuya riqueza, sin embargo, se encuentra precisamente en la diversidad de sus recorridos y de sus hallazgos. Pero debe reconocerse también en las distintas culturas, a pesar de sus divergencias, el propósito universal de contribuir a mejorar y beneficiar la vida humana.

Para Kant la antropología es el estudio de lo que un ser humano hace por causa de su espíritu libre, como opuesto a las leyes naturales que gobiernan la fisiología humana. Esta definición sigue la visión que Kant tiene de la cultura como capacidad de establecer fines arbitrarios (por ejemplo no naturales), una condición necesaria para la libertad. Este punto de vista fue desarrollado ampliamente por Hegel, quien afirmó que las personas son distintas de los animales no sólo por su habilidad para controlar los instintos, sino también por su capacidad para superar sus idiosincrasias compartiendo sus necesidades y aceptando sus propias propuestas de valor universal. Para Hegel, la cultura significa la posibilidad de salir de nuestra visión limitada de las cosas y tomar el punto de vista de otro. Este proceso hace posible tomar conocimiento de uno mismo, así como conocer el Otro, lo que constituye una forma de pensar. Este concepto de cultura se origina vinculado no sólo al pensamiento religioso, según el cual los hombres llevan en su alma la imagen de Dios, sino también a una filosofía moral, a una lucha por controlar los impulsos personales y los instintos humanos, y por tanto, por elevarse hacia valores universales (Duranti, A. 50).

De modo que las críticas de la cultura propia, que podrían descalificarse por su animosidad o por colonialistas, pueden también valorarse positivamente por su contribución en la búsqueda de valores y prácticas de validez general para la sociedad. En cada momento crítico de los que aquí se reseñan, es posible visualizar no sólo los atributos negativos de la cultura de los hondureños que se han rechazado, generalmente formulados desde un pesimismo determinista, sino también los ideales que sirven de referencia y que se habría querido materializar en la realidad.

En lugar de un concepto limitado de cultura, parece necesario abrir paso a uno en el que quepan tanto las tendencias de comportamiento de la gente como los esfuerzos por cambiarlas. Ante todo, hace falta reconocer que lo que en el mejor sentido llamamos cultura es el resultado de un proceso dinámico y creativo

con el que los grupos humanos responden a los retos que les plantean las circunstancias. Dentro de la cultura, la tradición y las costumbres representan la herencia del pasado, mientras en el presente cobran forma inclinaciones y tendencias orientadas ya sea a la satisfacción de intereses y necesidades inmediatas como a la construcción de normas y bases más duraderas para la organización social, y esto como un proceso permanente de regeneración y reinención de prácticas y normas de convivencia. De modo que la cultura de un país, si es que tal generalización es posible, se conforma en una dinámica activa de responsabilidades compartidas por los ciudadanos, una dinámica que, por otra parte, en ocasiones ha podido favorecer o entorpecer los esfuerzos del desarrollo.

Evangelizadores

El obispo Cristóbal de Pedraza fue uno de los primeros en dejar por escrito sus reflexiones respecto del carácter de los habitantes y del futuro de la provincia, pero mientras en sus primeras relaciones se mostró optimista por las riquezas naturales que yacían esperando ser aprovechadas por los colonos que habrían de llegar, en su relación de 1547 lució ya pesimista a la vista de la inmoralidad y el pecado en que vio envueltos a los señores principales del país. La ambición de riquezas, la crueldad con los indios, las luchas a muerte por controlar la gobernación y sus minas, repartimientos y haciendas, las traiciones y engaños a la Iglesia y a la Corona, el amancebamiento, el gusto por el juego y la bebida, etc. lo llevaron a esperar lo peor para la provincia.

“...Como esta jente de las yndias es jente muy movable y amigos de novedades, y a cada paso se mudan y muy mal inclinados a las cosas de Dios, como abía tanto tiempo que no tenían pastor, ni prelado ni ministro que les administrase, están muy cerreros y muy duros de cerviz. Mayormente los de esta gobernación que han andado tan desarrendados y desenfrenados... de manera que podré dezir –dice el obispo- que ballé aquí una gran montaña, llena de grandeza de maldades, pecados y ofensas, hechas contra Dios...”

El obispo se muestra preocupado no por el progreso material sino espiritual de la provincia, y atribuye al carácter mudable y desarrendado de los habitantes su extravío de la moral cristiana.

Pedraza habla ya de la renuencia de los habitantes a sujetarse a la autoridad, fuera ésta del gobierno humano o espiritual, y de su notoria inclinación al relajamiento de las costumbres y a los amancebamientos. De todo considera lo peor el que en ese momento hubiera partidarios de Pizarro en la provincia y de la

traición al rey y a sus autoridades nombradas en las nuevas tierras: *“quebrada tengo la cabeza de predicar la contraria opinión por todas las çibdades, villas y lugares por do e veydo y andando sacando a los dañados del error”* (Pedraza: 20).

Le preocupa la deslealtad y que no sea posible instaurar el orden porque ante cualquier disposición se alzan protestas y desacatos. Para Pedraza la situación moral es tan grave que considera que si no se corrige, lo que ha de esperarse es la perdición de la provincia:

“Porque nunca jamás se ha visto cosa fundada sobre cimientto de maldad, o trayción o mentira, que prevalezca, sino que cayga y sea derribada” (Id: 20).

En sus consideraciones respecto del futuro de la provincia, el obispo Pedraza no toma en cuenta el éxito de las empresas económicas, que para esos años en que se benefician los minerales superficiales que se hallaron en la tierra, rentaban los más grandes y fáciles beneficios para los españoles y la corona. Murdo Macleod estudioso de la economía centroamericana colonial señala que probablemente el nivel más elevado de extracción de oro en el siglo XVI en Honduras se produjo en 1542 cuando se registraron 45,000 pesos de oro, durante un período de auge que se extendió hasta la década de 1550. Seis años después de la carta de Pedraza los registros seguían indicando niveles semejantes de extracción: se exportaron en 1553 a España 26,400 pesos de buen oro (Macleod, M.: 49-50).

La situación de bonanza de los españoles no era indudablemente compartida por los indios y los negros esclavos que eran los que sufrían los rigores del trabajo en los minerales, pero las palabras de Pedraza muestran que incluso en esta época de prosperidad económica hubo entre quienes se beneficiaban de ella, quien albergara temores y una visión negativa de las posibilidades del país. De hecho Pedraza llega a considerar nociva la abundancia de riquezas en manos de los españoles que los inclina a los excesos y al pecado, y considera que deberían destinar una parte de sus beneficios a promover la doctrina cristiana:

“Pues el que juega de una sentada ciento y dozientos, y quatrocientos pesos y mill pesos, sacado todo de las carnes y sudor y sustancia de los pobres yndios, por qué no dará veinte pesos para tan santa obra. Y el que entra más bilos y requemados y calzas con muslos de carmesí y terciopelo y raso gasta otros tantos –que ya no saben vestir paño ni calzar cuero- ¿no dará esto?” (Id:17)

En el siglo XVII, otro ilustre obispo se iba a referir a la necesidad de educación y fundaría el primer Cole-

gio Seminario cuya vida se extendería por más de doscientos años. Su visión fue también religiosa y entendió la educación en función de la difusión de la fe y de la necesidad de sacerdotes que tenía la provincia.

En el Testimonio de Fundación del Colegio de San Agustín de Comayagua de 1682 se dice que fray Alonso de Vargas y Abarca lo crea “*por quanto ha ballado en este obispado gran falta en la educación de la juventud y direxió de sus costumbres, en especial para los puestos eclesiásticos, y en que en tanto conviene obrar y promover santa disciplina...*” (Vargas y Abarca, A.:161)

A diferencia de la época de Pedraza, durante estos años la situación económica era deplorable. Nunca como en el siglo XVII la Honduras colonial vivió mayores privaciones como consecuencia del agotamiento de las primeras minas y la práctica supresión del comercio con la península por la piratería. Sin embargo, lo que Vargas y Abarca ve, es lo mismo que su antecesor: la pobreza espiritual, y aunque habla de la necesidad de educación no establece vínculo alguno entre ésta y la economía.

Necesariamente la principal preocupación de los obispos debía ser por la vida cristiana de su feligresía, pero sus ideas de progreso, lo mismo que sus críticas de la cultura dependían de la mentalidad dominante de la época. En el siglo XVIII, el obispo Cadiñanos se iba a referir a los mismos asuntos que sus predecesores pero incorporando nuevos elementos al análisis.

A fines del siglo XVII comenzó a disfrutarse de un repunte de la minería con el descubrimiento del mineral de El Corpus y entrado el siglo XVIII con un nuevo auge de las minas de Tegucigalpa (incluidas las de Guazucarán y Yuscarán). En 1791, sin embargo, cuando el obispo fray Fernando Cadiñanos remite el informe de su visita pastoral que realizara dos años antes, llega a ofrecer unos de los cuadros más desoladores de la pobreza espiritual y material en que a su juicio encuentra sumida a la provincia.

“De ballarse tan separados unos fieles de otros, metidos en lo más oculto de las montañas y retirado de los pueblos, se origina el vivir totalmente abandonados a la ociosidad y encenagados en los más abominables vicios. Los amancebamientos públicos son en número excesivo. Los pecados de incesto basta en los grados más prohibidos son muchos. El odio y aborrecimiento que tienen a la observancia de los preceptos divinos, reales y eclesiásticos es constante. La crasa ignorancia que padecen en los principios de la religión católica, y obligaciones de su estado es bien notoria. La ninguna utilidad que de estos vasallos resulta V.M. ni a la república se deja conocer. Y últimamente que acostumbrados a vivir en ese tan miserable estado debo recelar que mueran de una eterna

condenación. Por todas estas razones y por la de ballarse la provincia en el más infeliz estado de pobreza, me veo, como fiel vasallo de V.M. a poner en su alta y real consideración, lo preciso, útil y conveniente que es, el que todos o la mayor parte de estos fieles sean reducidos y obligados a vivir en poblados, como racionales, por no ser posible de otro modo el atajar tan envejados vicios...” (Cadiñanos: 105)

Como los obispos predecesores, Cadiñanos habla del desamparo espiritual de los habitantes del territorio, de su falta de instrucción religiosa, pero esto lo asocia con la pobreza material y sobre todo con la falta de urbanización. Para él la pobreza material, la decadencia de las industrias o la ociosidad de las tierras se explica por el desapego de los principios de la vida “civilizada”: “*por vivir libremente sin sujeción ni obediencia a las órdenes del soberano y observancia de los principios divinos*” (Cadiñanos: 106).

Para Cadiñanos, que ya ve el mundo con la influencia de la Ilustración, la pobreza no será sólo de valores morales y religiosos sino de valores políticos y de saberes técnicos que sólo pueden surgir del trato ciudadano y del cultivo de la ciencia:

“Todo este territorio –dice refiriéndose a Santa Lucía- es de minas de plata y algunas de ellas las están beneficiando, pero la inopia de operarios, escasez de facultades en los dueños, y poca inteligencia en su cultivo son la causa de que no rindan plata en abundancia, como antiguamente se verificaba” (Id).

Una visión más práctica de la sociedad que sus predecesores lleva a Cadiñanos a reconocer la necesidad de un progreso en las condiciones materiales de vida, pero como Pedraza resulta insensible ante los cambios rápidos y dramáticos que el repunte de la minería está trayendo consigo. Efectivamente la provincia arrastraba las consecuencias de una permanente depresión económica, pero junto a la extendida pobreza se producía una revitalización de su actividad productiva: el centro de la provincia se había desplazado hacia el distrito minero de Tegucigalpa, se reabrían antiguas minas como la de Santa Lucía, los pequeños asentamientos crecían en población y se construían nuevos e imponentes edificios. En 1762, el antiguo pueblo de Tegucigalpa, recibió el título real de Villa y en 1782 fue concluida su iglesia catedral.

Es curioso observar, que el intendente Ramón Anguiano, otro testigo de estos mismos años pero seglar, vio el país con mayor optimismo. Para Anguiano el territorio era promisorio en riquezas naturales (vegetales y minerales) que podrían rendir mayores beneficios a la corona si los habitantes fueran más industriosos y menos desleales a la corona. Atribuyó el atra-

so de la provincia no a otra cosa que al fraude del Estado. Como Cadiñanos, Anguiano habló del torpe e insuficiente aprovechamiento de las minas pero sobre todo del contrabando que la gente hacía con los ingleses: *“Los ingleses... sacan las riquezas de estos montes y costas, y de la nuestra pérdida y atraso [hacen] su comercio”*. (Ibid: 123).

Murdo Macleod señala que una “cultura de evasión” (sobre todo de las cargas tributarias) fue abriéndose paso en Centroamérica desde el siglo XVII, estimulada por la grave depresión económica de esa época y por la propia tolerancia del sistema colonial. El auge del contrabando, que encerraba una demanda de libertad comercial, antecedió a los movimientos independentistas y constituyó uno de los motivos principales de la adhesión de los criollos a la causa (Macleod, M.: 216).

De modo que lo que Cadiñanos veía eran los remanentes de una antigua situación de inobservancia de la moralidad cristiana –reportada desde los tiempos del primer obispo Cristóbal de Pedraza- y de una pobreza secular también, aunque ahondada particularmente en el siglo XVII. Pero en lugar de un proceso de decadencia, Cadiñanos asistía a un momento en el que las fuerzas productivas se dinamizaban alrededor de la minería, y cuya población se renovaba y extendía por el territorio –aunque para él se trataba de gente nacida en el pecado y de uniones ilegítimas.

Los hijos de los prohibidos amancebamientos e incestos que menciona Cadiñanos son sin duda los llamados ladinos que se convertían ya entonces en una mayoría de la población y que vivían lejos de los pueblos y ciudades porque no tenían un lugar en ellos y se veían forzados a buscar las tierras baldías. Siendo libres no eran señores y en las ciudades sólo podían ser admitidos como empleados domésticos o como artesanos. Pero tampoco eran esclavos que pudieran ser sujetos a las minas o haciendas, ni indios que tuvieran que estarlo a sus pueblos. Era una gente nueva como eran nuevas y también ilegítimas las relaciones comerciales que se entablaban con otras potencias europeas mediante el contrabando. El nuevo país surgía al margen de la legalidad colonial, al margen de la moralidad cristiana y de su régimen tributario.

Liberales

El cambio más importante en el pensamiento socioeconómico y político en la región se gestaría paralelamente a los procesos independentistas y a la propagación de las ideas ilustradas y liberales. Para los próceres de la independencia el error, la ignorancia y la tiranía eran las causas del atraso de las provincias de América. José Cecilio del Valle escribía:

“El hombre, comprimido por los pesos del fanatismo, de opiniones erróneas, de leyes injus-

tas y gobiernos despóticos, no ha podido hasta ahora, después de tantos siglos desarrollar plenamente sus facultades o potencias” (Valle, J.C.: 30).

“Tres siglos de pasado colonial –argumenta Valle- son los responsables de “nuestra degradación y miseria”. La vigencia de unas leyes que “hicieron renacer en el nuevo mundo con nombre y forma distinta el sistema feudal que había en el antiguo... las leyes que han sido origen de la distribución poco justa de las tierras; las leyes que procuraban fundar las poblaciones en derredor del oro y la plata sobre montañas estériles y embarazaban la población de las costas hermosas por su fecundidad y riqueza... las leyes que en un aspecto presentaban al indio como el ser más privilegiado y en otro no le permitían montar una caballería, ni tener bailes ni haber armas defensivas ni ofensivas... y prohibiendo al español la residencia en pueblos de indios, impedían la ilustración de estos y no permitían vivir en sociedad a los que eran individuos de ella... Leyes que formaron una nomenclatura depresiva de los que nacen fuera de matrimonio. Espurios, manceres, notos, fornecinos, naturales, legitimados, etc. Esta es la nomenclatura bárbara con que las leyes de partida degradaron a clases enteras” (Valle, J.C.: 24).

La protesta de Valle es contra la institucionalización de una estrecha e inequitativa visión de la república, de unas leyes que habían negado la libertad, la igualdad y la justicia. Lo ideal hubiera sido desde su punto de vista que los hombres, sin importar su origen o condición, gozaran de iguales oportunidades para perseguir su bienestar, y que los indios pudieran participar como los mestizos y los blancos en la sociedad.

Paradójicamente, las causas del atraso que encuentra Valle son las que hasta entonces se habían considerado como lo necesario para el progreso espiritual y material de la provincia. Si los obispos y funcionarios reales consideraron que los problemas se habían debido a que no se había acatado con el rigor requerido el imperio de la ley y de la religión coloniales, los próceres de la independencia consideraron que había sido justamente por la sujeción a esa tiranía irracional e injusta que los pueblos habían permanecido en la pobreza.

La aparentemente irreconciliable contradicción de estas opiniones tiene que ver más con un cambio en la idea de progreso que con el enjuiciamiento de las condiciones objetivas. Valle no está pensando el progreso en términos religiosos ni en función de las rentas de la corona española, sino en términos económicos y políticos y en beneficio de los criollos y de los

demás habitantes del territorio. El bienestar para Valle tiene que ver con el provecho que se puede obtener del trabajo y con la educación de las costumbres que permiten una mejor convivencia de los hombres. Probablemente Valle habría estado de acuerdo con que tampoco la moral cristiana era respetada como se debía, pero le habría dado mayor importancia a la racionalidad científica como recurso para promover el progreso.

En todo caso, puede apreciarse como incluso desde posiciones contrarias ha habido igualmente una inclinación a encontrar en las costumbres, en las mentalidades y en las instituciones, las causas de los problemas del país.

El fracaso de Morazán y la Federación Centroamericana se debió en gran medida a la reacción de las sociedades que reivindicaron la vuelta a los anteriores modos de vida en contra de los modelos radicalmente emancipatorios, racionalistas y laicos que traían los liberales. La revuelta que expulsó a Morazán de Guatemala fue tradicionalista y popular, promovida por la iglesia y por las elites conservadoras pero encabezada por un líder de escasa instrucción como lo fue Rafael Carrera, y engrosadas sus filas por indígenas y mestizos pobres bajo una bandera que rezaba: “Viva la religión” (Pastor, R.: 167).

Durante todo el siglo XIX conservadores y liberales se llamaron entre sí “serviles” y “febriles” atendiendo a las diferencias principales que encontraban en sus programas políticos.

“El conservador era, pues, una defensa de los intereses creados y amenazados por la deriva histórica. El liberal era proyecto ideológico de una facción dinámica en busca de oportunidades, riqueza y progreso. Los conservadores anteponían a lo demás el orden y las instituciones, es decir “nuestro” orden, nuestros convenios y “nuestro” consulado. Los liberales abandonaban la urgencia de la reforma y la modernización, es decir, un cambio en las reglas del juego que facilitara su acceso a la tierra y al comercio” (Pastor, R.: 159).

El historiador Pastor Fasquelle -de quien se toma esta interpretación de los programas políticos de la época-, hace ver que estos respondían no sólo a una visión de futuro sino a intereses de grupo. Por una parte los de la elite criolla heredera de los beneficios del orden colonial abocada naturalmente hacia posiciones conservadoras, y por otra los de la naciente burguesía criolla ansiosa de expandir sus negocios y sus rubros productivos. Como hace ver Pastor Fasquelle, idealmente ambos proyectos pudieron haberse armonizado, el de resguardar la estabilidad y el orden y el de promover el dinamismo de la economía, pero la crispación apasionada de las posiciones las hizo

excluyentes:

“Esos propósitos no estaban totalmente reñidos. De hecho se necesitaba estabilidad para reformar al Estado e instituciones sólidas para impulsar la modernización; pero el planteamiento de esos proyectos en términos casi religiosos los volvió irreconciliables” (Id: 159).

Los reformistas de la década de 1870 retomaron las ideas de los liberales de principios del siglo y las ampliaron y renovaron. Una visión más optimista de las potencialidades del hombre hondureño y de los recursos del país se abre paso con ellos; como antes se encontró en el legado colonial la principal causa del atraso del país pero ahora se destacó un elemento nuevo: las luchas caudillistas y la ineptitud de los gobiernos que habían accedido al poder. Ramón Rosa, el ideólogo de la Reforma Liberal, escribió:

“Honduras como bien lo sabéis, ha sido uno de los países más bien dispuesto para entrar en las vías del progreso y de la civilización; uno de los países que ha dado a Centroamérica los hombres más prominentes, cuyo patriotismo y altas miras los hacen aparecer como las grandes figuras de América Central; y no obstante, por una de esas burlas amargas del destino, o más bien, por uno de esos inescrutables decretos de la Providencia, Honduras, a causa de sus pésimos gobiernos, ha sido y es al presente, la República menos afortunada de los países de Centro América. Abrid su historia, y si no encontráis los detestables resabios de los tiempos coloniales; si no encontráis la preponderancia del clero y de comunidades jesuíticas, que fanatizan y embrutecen; si no encontráis marcada la distinción de privilegiadas clases que falsean las libertades populares; encontraréis en cambio las constantes revoluciones intestinas, que han ensangrentado su suelo; las guerras exteriores que han llevado la desolación y la muerte, de parte de los gobiernos retrógrados, mal avenidos con las tendencias de un pueblo que tiene vivo el sentimiento de su individualismo y de sus veneradas libertades; y por mayor desdicha encontraréis gobiernos intrusos, impuestos al pueblo por la fuerza de las bayonetas; sin otra política que su insolente audacia, sin otro principio que la conveniencia egoísta, apoyada por el rudo golpe de los sables: gobiernos que sordos a los verdaderos intereses de la patria, se han distinguido por la indolencia, por la incuria, por el abandono absoluto con que han visto las grandes riquezas del país, profusamente privilegiado con los más preciosos dones de la providencia

bienechora.” (Rosa, R.: 162).

Rosa distingue a los gobiernos que han tendido a “satisfacer las exigencias de sentimientos más o menos egoístas”, del pueblo “aletargado por la inercia que traen los grandes infortunios”, e invita a desplegar una “grande e incontestable actividad para sacudir enérgicamente el espíritu” de la república (Id: 173).

Desde su punto de vista, influido por las guerras que asolaban Honduras desde la década de 1830 y que no cesarían plenamente hasta cien años después, lo que hacía falta era legislar no para satisfacer los intereses mezquinos de grupos y facciones sino con una auténtica visión de Estado, en beneficio de la estabilidad y del futuro del país. Si se sabe lo que hay que hacer, plantea Rosa, basta con hacerlo sin consideraciones para con los intereses de los que son responsables del atraso del país y sin escatimar esfuerzos para las grandes tareas que se tendrían que emprender.

“Si queremos independencia y patria, si queremos instituciones a la altura de la civilización de nuestros días, si queremos progreso, rómpase con el pasado que nos abrumba, y lúchese siempre hasta aniquilar los vicios coloniales que han sido nuestra perdición, nuestra deshonra. El poder teocrático ha esclavizado la conciencia y pervertido el sentido de los pueblos; pues combátase la teocracia y quítesele el poder de dañar. El privilegio ha roto la igualdad social; pues extínganse los privilegios dondequiera que se encuentren. La ignorancia ha impedido la práctica de las instituciones libres e imposibilitado la existencia del espíritu público pues derrámese a manos llenas la instrucción en los pueblos, haciéndola obligatoria, forzosa. Nuestra pésima legislación ha embarranzado el crédito y puesto trabas a la industria, a la agricultura y al comercio; pues háganse reformas legislativas que remuevan obstáculos de tamaño transcendencia. El desierto ha favorecido a los indolentes y a los guerrilleros de montaña, el desierto que nos abrumba y nos mata; pues foméntese la inmigración que importa los capitales, el trabajo, la industria. Gobernar es poblar; he aquí el axioma administrativo que hoy reconocen los países de América Latina.” (Id: 292)

Hay en los elocuentes discursos de Rosa una apelación entusiasta dirigida a despertar una voluntad de progreso en el país, pero más allá de las buenas intenciones se adivina en sus palabras el peligro de las tiranías que en nombre de la justicia, del pueblo o de la libertad imponen nuevamente los intereses de grupos.

Como señala el historiador Carías Zapata, el estilo de gobierno de los reformistas liberales con su

“paternalismo centralista”, “tuvo más de despotismo ilustrado que de democracia republicana” (p. XII). Los liberales se habían valido de los mismos medios guerreristas que sus enemigos para tomar el poder con la intención declarada de trabajar por el país, y en esto gracias a Rosa consiguieron que se dieran pasos importantes, pero al final del mandato recayeron sobre Soto las mismas críticas de abuso del poder que antes habían dirigido contra sus adversarios. Esto hizo tanto daño al proyecto de construir un Estado moderno como su más afortunada obra legislativa.

Románticos

El papel de la literatura romántica y modernista en Honduras fue ambiguo respecto de la cultura nacional. Por una parte, contribuyó a conformar la idea de nación a través de los cantos a los héroes y de la consagración de los símbolos patrios, pero, por otra parte, dejó correr una amarga veta de desencanto y de desesperanza respecto de lo que los literatos consideraban un medio pobre en lo material y bárbaro y hostil respecto del cultivo de las ideas y de las bellas artes.

La literatura romántica fue el revés del liberalismo positivista, pero aún contradictoriamente se alió a él y juntos trascendieron al siglo XX como una forma de sensibilidad patriótica.

La idea matriz de los románticos, como para los liberales, fue la de exaltar la Independencia como el momento clave del nacimiento de la nacionalidad, que permitió librarse del estado de servidumbre de la época colonial, pero a esto los primeros sumaron un fuerte sentido histórico y la intención de restablecer la continuidad con el pasado indígena prehispánico.

Ese es el espíritu del Himno Nacional y de la elevación del cacique Lempira a la figura de héroe, junto con los demás próceres criollos de la naciente república. Si los liberales fueron fundamentalmente modernizadores y pro-occidentalistas, los románticos fueron los primeros en reivindicar las raíces indígenas, el mestizaje y la vida tradicional como la base humana y cultural del país.

La nación se funda, así, sobre la idea de rescatar el país, de resarcir los oprobios, de recuperar el pasado indígena y la continuidad histórica de los habitantes del territorio. Debe tenerse presente que se consideró que la conquista había supuesto una violación de la pureza virginal de la madre indígena, a quien los hijos habrían de reivindicar.

Estas ideas, presentes en la obra de autores como Jeremías Cisneros o José Antonio Domínguez (1869-1903) pero especialmente en la obra de Rafael Heliodoro Valle (1891-1959) promovieron al mismo tiempo, sin embargo, una sensibilidad lastimera respecto del país. De este último autor se hizo famosa la frase de que “la historia de Honduras puede escribirse en una lágrima”. De hecho, esta cita revela más un

gesto de autocompasión por la nacionalidad que un juicio histórico.

Heliodoro Valle, aunque escribe ya con los timbres y tintes modernistas, hereda de la primera literatura romántica la concepción de la patria que ha sido víctima de la historia, que ha conocido los sufrimientos de la explotación, del saqueo y de las guerras fratricidas de sus hijos, cuyas riquezas y sueños más íntimos de felicidad permanecen sin ser descubiertos.

*¡Ob Patria, sé siempre propicia
A tus hijos, sonríeles y cuéntales
Tu ambición más humilde, no tu historia
Hundida en sangre y lágrimas cobardes!*

Considera que la desesperanza abruma al hondureño y que quizás en el glorioso pasado maya puedan encontrarse las claves para vencerla y reencaminar la historia.

*Dadnos valor y amor; dadnos templanza
Dadnos tan solo el pensamiento puro
Para encontrar de nuevo la esperanza
Y poseer la clave del futuro.*

De espíritu romántico, anárquico y apasionado, Heliodoro Valle incursionó en los distintos campos del saber y dejó notas sueltas sobre los más diversos temas. En sus estudios sobre la historia local y regional dejó reflexiones sobre lo que consideraba las características fundamentales del país y sus habitantes. Para él la historia había hecho de Honduras una tierra aislada, que aunque situada en un lugar privilegiado geográficamente había hecho de ella una tierra de paso; una tierra además despoblada y pobre, con una topografía escarpada que había establecido barreras naturales a la comunicación y al comercio. Según su visión, estas características del país habían hecho del hondureño un pueblo montañés, localista, huraño, desconfiado, pero en el que había una nobleza de corazón y una generosidad que había que descubrir - del mismo modo como las riquezas que yacían abundantes en la naturaleza. (Argueta: 1992).

“El hondureño es introvertido, y acaso esto sea lo que mejor explique por qué no canta ni tiene canción propia...”

Según el historiador Mario Argueta, para Heliodoro Valle, el hondureño típico es el mestizo hispano-indígena, de las sierras y los valles del centro y del occidente de lo que llama “la vieja Honduras”. Considera extraños los elementos africanos y anglosajones, árabes o chinos de reciente arribo, y nocivas las guerras caudillistas que han sumido al país en la ignorancia y el atraso.

“Su posición de tierra de paso entre las de Centro América, los obstáculos que ha habido para lograr la concordia de sus hijos y la prevalencia de elementos raciales extraños que tienden a disociar el conglomerado social, las pocas vías de comunicación y un complejo de inferioridad aún frente a los pobladores del resto de Centro América, explican por qué Honduras no ha logrado un nivel intelectual y de vida, si no de primera clase, por lo menos visible en Centro América. Ha sido uno de los países americanos que más ha sufrido los rigores de las guerras civiles y los frutos de éstas: la intolerancia, la falta de educación, la preponderancia de la mediocridad y de eso que llama Rubén Darío “la mulatez intelectual”

Así a la par de las idealizaciones del pasado indígena y de las estampas locales, la visión romántica construye la idea de nación asociada a una dura autocrítica no exenta de pesimismo, y sobre todo con una importante carga emotiva autocompasiva.

Pragmáticos

Al comenzar el siglo XX las ideas liberales siguieron siendo hegemónicas, y al utilitarismo y el positivismo se sumó una actitud pronorteamericana y ciertas formas de darwinismo social.

Paulino Valladares quien fuera uno de los principales propulsores del periodismo moderno hondureño entre las décadas de 1910 y 1930 fue ante todo un gran polemista y probablemente uno de los mejores analistas de la realidad nacional según el historiador Ramón Oquelí. En sus editoriales de *El Cronista*, Paulino Valladares confrontó acremente a la clase política por lo que él consideraba su incapacidad para conducir los destinos de la patria, pero dejando en esos escritos sus ideas sobre los grandes males de la cultura y la sociedad hondureñas que a su juicio debían ser superados con claridad de propósitos si se quería encaminar al país en la senda del progreso.

Influido por las ideas de Spengler, veía el pasado como una historia de fracaso y de decadencia contra la que hacía falta reaccionar con entereza. Con provocadoras afirmaciones lanzadas sin contemplaciones buscó conmover a sus contemporáneos:

“Sí, <<Honduras>> es el vocablo fatídico, palabra siniestra que encierra un sentido tético, que revela un destino de fracaso...” (Valladares, P, 97).

A su juicio, Honduras padecía las consecuencias de un destino fatal, anterior incluso a la conquista. Veía los tiempos prehispánicos hundidos en la barbarie, la colonización española como una larga y profunda hu-

millación y la época independiente como una sangría interminable provocada por las guerras civiles:

“Nuestros ancestros vagaron desventurados y desnudos por las selvas de esta porción del nuevo mundo, y en horas de tedio nuestro corazón siente la nostalgia de una raza muerta...” (Valladares, P., 20).

“La historia de Honduras desde el descubrimiento por Colón, hasta el 76, es un cuadro lúgubre que espeluzna... cuando nuestros mayores del año 21 nos quitaron la vergüenza de ser esclavos, surgen entonces con ferocidad inaudita, las contiendas civiles, las saturnales sangrientas que anarquizan la libertad naciente. Y nuestro pueblo vierte sangre, sangre a todas horas, para poner y quitar Presidentes que duran años, meses y días, y el nombre de la República sirviendo de escenario, traído de aquí para allá, en un juego siempre lastimoso, constantemente ridículo” (Valladares, P., 110).

Desde su punto de vista, la condición de pobreza y el rezago del país se explicaban por una decadencia vital (“van pasando unas sobre otras las generaciones en decadencia alarmante”); decadencia que encontraba inherente al debilitamiento de la raza que había traído consigo la colonización española (“raza degenerada por la esclavitud de trescientos años”) (Valladares, P., 104, 153).

El problema principal al que Paulino Valladares dirige su atención es al de la necesidad de tomar el rumbo de la historia. A su juicio mientras esto no llegara a lograrse el país permanecería a la deriva:

“No hemos ido para atrás ni para adelante. Nos hemos extraviado. Hemos alcanzado ciertos progresos parciales, gracias a la presión exterior; pero en lo fundamental estamos tan vacilantes como el primer día de la independencia...” (Valladares, P., 156).

En uno de los textos más importantes que escribió sobre este asunto, es posible apreciar las responsabilidades que Paulino Valladares atribuía a la clase política por el futuro de las naciones centroamericanas, lo mismo que su idea de la necesidad de incorporar con sentido práctico y de provecho material a los países en la senda del progreso.

“Quiero ser personalmente responsable de las opiniones que exprese acerca de la vida política de las naciones del Istmo, del carácter enfermizamente belicoso de sus habitantes, de las luchas de sus hombres de acción, de su pasado luctuoso y de su porvenir de sombras, si

en la marcha ascendente no saben escoger el derrotero. Nació Centro América a la vida independiente sin luchas, sin grandes peligros, sin combates terrestres ni navales, sin la oposición de las autoridades de la península, pero ni siquiera con la amenaza de la noble Iberia... sino un cabildo abierto, un acta que refleja civismo sin grandeza épica, unos pocos hombres de buena voluntad y no muy ricos de experiencia, y un semillero de ambiciones, que después... dividieron a la patria natural y única en porciones diminutas que han retrasado su avance, y corrompieron a millares de hombres en su educación política. Los centroamericanos, con muy visibles excepciones en algunas personalidades eminentes, son el producto directo de una raza degenerada por la esclavitud de trescientos años... Y de esa fusión de elementos resultó la raza propiamente centroamericana, que tiene algunas malicias y disimulos del indígena y mucho del carácter agitador y vocinglero de la familia peninsular... El desconocimiento de la enseñanza práctica, la ignorancia del objeto concreto de la vida, la incapacidad de los negocios de provecho inmediato, nos han dejado atrás en las primeras estaciones del progreso, en un periodo transitoriamente inseguro, porque ni somos completamente bárbaros ni disfrutamos de todas las comodidades de la civilización... Quien medite sobre esos acontecimientos comprenderá que la historia de estos países ha seguido su curso natural, lógico, determinado matemáticamente por las circunstancias especiales de su origen, por la obscuridad de su independencia, por las inseguridades de su organización y por su fraccionamiento en pequeños Estados cacoquímicos, pobres, ignorantes y sin una sola hermosa tradición que le sirviera de poderoso estímulo para conquistar su grandeza...” (Valladares, P., 153-154).

Puede apreciarse que para Paulino Valladares a los países centroamericanos les había hecho falta establecer un norte, una dirección, pues habían arribado a la historia como repúblicas independientes sin proponérselo; les hacían falta también hombres ilustrados que pudieran superar las limitaciones de la raza y la ignorancia, y que consiguieran colocar los objetivos del progreso material y económico en el primer lugar, de forma que fuera posible avanzar del estado incierto en que se encontraban hacia el progreso y la civilización.

Un racismo aunque de signo inverso, pues se dirige hacia la propia raza, se encuentra firmemente aliado con una fe en el progreso humano y con un claro pragmatismo en las ideas de Paulino Valladares. De

modo que a su juicio si en el país no se conseguía superar esas debilidades, era de esperar que otras razas más fuertes como la norteamericana vinieran a hacerlo.

“Siempre por mi desgracia he creído que las naciones centroamericanas serán invadidas por la energía de razas más fuertes... Pero me consuela el pensar que nuestras desiertas regiones serán pobladas y explotadas para bien del progreso humano, si no por nosotros, por los hombres de otra raza que vengan aquí no con el empuje brutal de la conquista, sino con el trabajo que crea vínculos de simpatía” (Valladares, P, 155)

El periodista y ensayista Salatiel Rosales, alrededor de la década de 1910 sostenía también airadas polémicas propagando las ideas de un pragmatismo que compartía y que veía imponerse en el mundo.

El origen de la felicidad de los pueblos, sostenía, no ha de hallarse en la política ni en otra cosa sino en la satisfacción de sus necesidades materiales. Su “base científica” –decía– “no puede ser otra que el bienestar material”.

“Una nación pobre, indigente, hambrienta, no puede ser feliz nunca, como no lo puede ser un pobre diablo que para subsistir demanda un albergue y mendiga una limosna. Un pueblo, si quiere contarse en el número de los pueblos libres y felices de la tierra, debe comenzar, no por tener parlamentos, ni cánones de flamantes liberalismos, sino por enriquecerse, por abastecerse, por hacer que en toda la extensión de su territorio haya algo así como un florecimiento de cosechas y de trojes. ¿Cuáles son los pueblos más felices hoy en día? Los que pueden mejor satisfacer sus necesidades. ¿Cuáles son los más desgraciados?. Los más pobres, los que no tienen nada” (Rosales: 108).

En opinión de Salatiel Rosales en el país había dominado la palabrería política y un sentimental pero falso patriotismo, en lugar del esfuerzo y las iniciativas individuales que a su juicio eran las únicas bases ciertas del progreso. Ese patriotismo vacío, que él asociaba al carácter de los hondureños y de los latinoamericanos en general, había hecho que se viviera en el país en una especie de “jaula encantada” (autoengañados con el discurso patriótico) sin hacer el trabajo que verdaderamente debía hacerse.

“Los más sagaces sociólogos, los naturalistas más ejercitados y sutiles, no pueden ocultar sus vacilaciones cuando se trata de determinar qué circunstancias promovieron el engrandeci-

miento de tal pueblo y qué factores empujaron a tal raza al abismo de la ruina y la miseria. Pero a muy pocos se les ocurre –en estos tiempos de ciencia y de análisis- afirmar que el patriotismo, ese patriotismo vacío y anacrónico pueda llegar a convertir un país pobre y atravesado en una Jaula encantada. No. Las naciones no se forman así, los países no se transforman por virtud de unas cuantas palabras cabalísticas, como en los cuentos de hadas. Preguntad a un inglés, a un americano del Norte por qué Inglaterra y Estados Unidos son hoy las naciones más prósperas del planeta y estoy seguro de que no os dirán porque los ingleses y americanos son los hombres más patriotas del mundo, en el sentido que vosotros dais a esta palabra” (Rosales: 98).

Puede observarse que mientras los románticos se mostraron interesados en promover el patriotismo y el civismo, Salatiel Rosales asocia de una forma más bien intuitiva e infundada, la palabrería política con cierta forma de decadencia:

“La historia nos confirma –escribió- que los pueblos decadentes se tornan habladores [Los pueblos incapaces] son pueblos gárrulos, parlanchines, cuya existencia se desliza entre propósitos de reforma y lamentos inútiles... Si se trata de los individuos, sucede lo mismo: hombres inhábiles, incapaces, viven alimentando siempre propósitos de reforma de regeneración. ..Y así como no se cambia un destino individual con simples apotegmas, tampoco se cambia un destino colectivo con simples deseos, cuando los pueblos carecen de nervio y de enjundia” (Id: 99).

El duro discurso pragmático se liga en Salatiel Rosales como en Paulino Valladares con ciertas formas de racismo. Como muchos otros de sus contemporáneos consideró que la “raza” del país era débil y que el progreso podía impulsarse si se conseguía hacer llegar nuevas oleadas de inmigración europea, como ya lo había pregonado Rosa en sus discursos.

Regionalistas

Desde la década de 1920 y hasta la década de 1970, el enjuiciamiento de la sociedad y la cultura encontró un amplio espacio en los cuentos y novelas del regionalismo que retrataron al hondureño con crudeza aunque desde la posición mucho más empática de unos intelectuales sensibilizados por los problemas sociales. Estos autores contemplaron la realidad del país desde un ángulo pro-occidental y civilizador como sus predecesores, pero su mirada fue menos fría y

despreciativa que la de Paulino Valladares o Salatiel Rosales, por ejemplo. A diferencia de ellos, el profundo amor a la patria que profesaron, creó en sus narraciones una tensión dramática entre unos cuadros que representan una brutal barbarie y la angustiada pero impotente aspiración de superarla.

El regionalismo surgió en Latinoamérica como una toma de conciencia de las realidades y problemas sociales y coincidió con la lenta emergencia de los campesinos, los obreros los indígenas y los marginados en el escenario político de las sociedades. A este movimiento literario se debe en buena medida el reconocimiento pero también los estereotipos del hombre del campo latinoamericano. En Honduras, autores como Marcos Carías Reyes (1905-1949), Arturo Mejía Nieto (1901-1972), Víctor Cáceres Lara (1915-1993) o Eliseo Pérez Cadalso (1920), practicaron en sus textos una escritura que buscó incorporar a la literatura las características del hombre y el paisaje rural, al mismo tiempo que convirtieron sus piezas literarias en ensayos de interpretación social. Entre los principales problemas del país que atacaron estos autores estuvieron las guerras civiles, el caudillismo, la violencia, la explotación social, el machismo, el alcoholismo, la paternidad irresponsable, la pereza, la indolencia y las supersticiones.

Medardo Mejía, refiriéndose a los cuentos de Cáceres Lara, escribió:

“Abundan en los relatos la pobreza, la miseria, la ignorancia, el fanatismo, la creencia diabólica, la enfermedad, la “cususa”, la borrachera, el machetazo, la sangre, la violación, el engaño, la impiedad, la simpleza, la malicia, la crueldad, y todo presidido por la monotonía, por la escolta del gobierno o por la tropa de forajidos que por igual asaltan los gallineros, le dan vuelta a las almohadas en busca del pañuelo sucio con el nudo de “pisto”, se comen la olla de frijoles, ultrajan a las muchachas indígenas y destrozan a machetazos a los hombres de la choza. La escolta del gobierno dice andar imponiendo orden, principio de justicia y la tropa de forajidos sostiene que lucha contra la tiranía en nombre de la libertad” (Mejía, M.: 13).

Algunas de las caracterizaciones que ofrecieron los textos regionalistas ahora pueden resultar exageradas, pero entonces tuvieron el claro propósito de tomar conciencia de realidades que a juicio de los autores hacía falta superar en la vida nacional. Un cuento representativo de esta corriente es el “Chele Amaya” de Arturo Mejía Nieto que en varios pasajes presenta hablando a este personaje, característico de los caudillos de las guerras civiles:

“Guaro, frío, indios aguerridos, duraznos, todo eso hay en mi pueblo, y además de eso estoy yo. ¡Fama de bravo tengo en Santa Clara! Una vez me dijeron gayo ronco, saqué el 44, le di un tiro al que lo dijo y me eché a reír...” (Mejía Nieto, A.: 267)

El antagonista principal en los cuentos regionalistas lo fue sin duda el bandolero de las revueltas armadas, personaje en quien se encarnaron todos los males de la ignorancia y la irracionalidad. Pero el sordo lamento por el estado de barbarie del país se extendía al resto de la población campesina que padecía el rigor de unas duras condiciones de vida alejadas de la civilización. En un cuento de Cáceres Lara puede leerse:

“Cuando cantó el gallo en el palenón de amate y empezó el desperzamiento de las gallinas, sucedieron dos acontecimientos simultáneos: se descorrió la cortina de la noche despuntando tímidamente la aurora y se oyó el primer chibido jubiloso bajo la techumbre pajiza del rancho.

Epifanio dirigió una mirada agradecida a la partera que sostenía con la cabeza para abajo a la cría robusta y pasó las manos callosas y medio entumecidas por la belada de la mañanita dicembrina sobre la frente de la Micaela, aún sudorosa por el esfuerzo y quien aliviada ya de dolores y fatigas, le preguntaba trémula: -¿Qué vino vos?” (Cáceres Lara, V.: 181).

Esta escena del nacimiento de un niño en medio del paisaje rural, expresa adecuadamente la idea de los regionalistas con respecto a las formas de vida predominantes en el país, a medio camino entre el estado natural y el civilizado. Los relatos así, suelen presentar unos hombres y unas mujeres endurecidos por el medio, rudos en sus formas de hablar y de pensar, pero que pueden albergar también los sentimientos más puros, un fondo de humanidad que pugnaba por materializarse.

A juicio de los regionalistas, lo que el país necesitaba era la educación de las costumbres, el aprendizaje de la vida en sociedad y un decidido empeño por sumarse a la marcha del progreso. Refiriéndose a la novela *La Heredad* de Marcos Carías Reyes un crítico literario señalaba:

“Marcos Carías cree que el país puede salir poco a poco de su estado de barbarie... mediante el esfuerzo, la honestidad, el idealismo y la fe en el porvenir de sus compatriotas. La educación del pueblo, el aumento en las vías de comunicación y transportación, la inmigración, la

reforma moral, la paz, todo propiciado por un gobierno honesto y movido por su amor a la patria, acabarán con la barbarie y el caudillismo. En última instancia lo que hace falta son otros tipos de caudillos que trabajen por el bien común.” (Acevedo, R.L.: 372)

La idea de que reformar las costumbres requería de una mano férrea, pudo haber influido en la prolongada dictadura del general Tiburcio Carías, el caudillo por excelencia cuyo propósito principal fue traer la paz al país a cualquier precio.

Identitarios

A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, en un momento difícil para el país cuando se vivía la presencia de tropas norteamericanas y antisandinistas en el territorio, y en el que se tenía a la vista la conmemoración del quinto centenario del descubrimiento de América, resurgió la discusión sobre la cultura motivada en buena medida como reacción ante lo que amplios sectores de la población veían como la soberanía de un pueblo lesionada desde la colonización española.

Distintos escritores que en cierto modo podrían considerarse de izquierda o centro izquierda (ya fueran marxistas, socialcristianos o socialdemócratas) dieron un giro significativo a la crítica de la cultura al situar los problemas en el contexto de la lucha de clases en un país neocolonizado. Rechazaron los enfoques del patriotismo romántico, lo mismo que el pragmatismo materialista o los estereotipos del regionalismo y hablaron de la necesidad de construir una nación sobre las bases de un nuevo proyecto histórico.

El propósito de estos escritores fue el de reorientar el reconocimiento de la identidad cultural y nacional en la dirección de una acción política mejor informada respecto de la historia del país y más consecuente con los tiempos modernos y con lo que consideraban deberían ser los esfuerzos apropiados para construir una nueva sociedad.

Por otra vía, sin embargo, su visión de la cultura volvió a ser predominantemente negativa. Para ellos el problema de la identidad residía en que se carecía de ella, ya fuera porque se encontraba fragmentada, trastornada por la historia o porque era simplemente inaceptable. Como se verá a continuación los autores plantearon que la nación no se reconocía a sí misma como una comunidad, o que siendo la cultura producto de la colonización y la pobreza comportaba elementos que debían ser superados, o que siendo histórica por naturaleza, la identidad debía entenderse más que como un hecho como una búsqueda.

Manuel Chávez Borjas destacó el carácter heterogéneo e inconexo de las identidades al interior del país

y encontró en ello la manifestación de un problema que debía superarse:

“La inexistencia de esa hegemonía cultural, sea de origen burgués, terrateniente, etc., es la causa principal de la crisis y, por tanto, de la no consolidación de la identidad social nacional.” (Chávez: 9)

Este autor consideraba necesaria una hegemonía cultural y la razón para que no se hubiera logrado la encontraba en el difícil proceso que debía atravesar el país para convertirse verdaderamente en una nación:

“Honduras está en una situación entre colonia y nación, pero con el marco formal de una nación. Definida así es como una situación de transición, que se resuelve históricamente por la vía de la yuxtaposición de intereses: la conformación de una identidad fragmentada; en lo político, una estructura de oportunismo; en lo cultural, un sincretismo; o sea pedazos que permanecen unidos en un todo formando un sistema donde predomina el sentimiento de la pérdida” (Id: 10).

Esta demanda de hegemonía nacional parece responderse más con el deseo de que se tejiera una firme alianza política que transformara la sociedad, que con una posibilidad real de unificar la cultura del país. De acuerdo con la visión actual de la sociedad civil, la identidad como hegemonía cultural ni hace falta ni es deseable para construir una sociedad que responda a los intereses necesariamente diferentes de los distintos grupos socioculturales (minorías étnicas, obreros, campesinos, elites económicas, políticas y culturales, etc.). En lugar de la búsqueda de una unanimidad nacional la sociedad civil parece inclinarse por una convivencia democrática en la que cada grupo participa desde sus propias identidades en la construcción de consensos estratégicos.

En su breve escrito, Chávez Borjas se propuso aportar los elementos que consideraba básicos para la discusión sobre la cultura nacional que se suscitaba en la coyuntura política del momento. Establecía que debían considerarse como fuentes de la identidad hondureña el aporte indígena mesoamericano y sudamericano, el aporte negroafricano, la cultura campesina y, en general, el proceso histórico de conformación del país.

Al mismo tiempo señalaba lo que él consideraba los graves problemas de la cultura que como “estigmas” se habían heredado del pasado y que debían superarse. Estos a su juicio eran: la pérdida de la autoestima que impide que la sociedad construya su concepto de persona; la creencia en la propia inutilidad, producto de la contradicción de fondo vivida por

una sociedad campesina asentada en un territorio estéril cuya vocación no es agraria sino forestal; y finalmente el oportunismo como expresión política de una cultura de subsistencia, el cual habría minado la proyección tanto de las clases dominantes como de las clases populares.

Marvin Barahona desarrolló más extensamente el argumento de que la identidad del país se había conformado históricamente, y con mucho mayor detalle trazó la evolución del proceso de constitución de la población, la economía, la religión, la nación y la cultura desde la conquista española hasta finales del siglo XIX y principios del XX.

El particular punto de vista que adoptó este historiador radicó en considerar que la síntesis cultural principal que había dado origen a los rasgos distintivos de la identidad actual del hondureño se había producido durante la época colonial. Para este autor la identidad “se desarrolla socialmente de forma lenta y discreta, elaborando síntesis culturales vitales al final de momentos históricos más o menos largos”. De ahí que “la esencia de la identidad” en Honduras como en Latinoamérica “es producto de la herencia colonial”, “resultado de la fusión en un solo cuerpo, de los elementos de la raza y la cultura americana, europea y africana” (Barahona, 1991: 41).

Si los liberales y los románticos habían encontrado en la independencia, el momento clave del surgimiento de la nacionalidad, ahora los identitarios se inclinaban porque se reconociera en la condición colonizada del país sus perfiles dominantes. Estas ideas que iban en contra de su propia visión histórica y consecuentemente dinámica de la sociedad y la cultura parecían invitar a ignorar lo ocurrido desde la independencia hasta finales del siglo XX reduciéndolo a la experiencia neocolonial.

Marvin Barahona hizo ver acertadamente en el crecimiento del grupo poblacional ladino durante la época colonial uno de los factores clave del surgimiento de la actual sociedad mestiza hondureña. Pero su intención de encontrar patrones culturales dominantes en esa época lo llevó a sobrestimar las afirmaciones más o menos infundadas que los obispos y funcionarios reales habían hecho en contra de esos ladinos que vendrían a ser los hondureños.

Como se ha visto antes, los ladinos fueron acusados de ser ociosos e ignorantes, de vivir de forma bárbara al margen de la sociedad, de ser desaparegados de los preceptos de la moral cristiana y de ser inclinados a los vicios de la bebida y el juego y a las uniones sexuales ilícitas. El autor, sin la necesaria cautela ante unas opiniones tendenciosas de elite, que interpretaban como perverso lo que era contrario a los intereses de la corona y a los mandamientos de la iglesia, dio por ciertas y suficientes estas afirmaciones y con base en ellas sostuvo que la sociedad colonial había producido una cultura de la pobreza. Esta cultura de la pobre-

za, definida en términos de Oscar Lewis como una cultura de la marginalidad y de la segregación, que incluye la apatía, la resignación, el fatalismo, el complejo de inferioridad y la desintegración familiar, había venido a ser la base de la identidad del hondureño.

“En medio de este proceso descubrimos el origen del campesino libre, del ladino desprovisto de bienes y marginado de la riqueza social, en suma, de un tipo de hondureño pobre, insatisfecho, marginado y resentido que, a su pesar se convirtió en el tipo predominante de la sociedad hondureña” (Id: 15)

El autor como los demás que lo precedieron no vio elementos positivos ni constructivos en esa cultura de la pobreza. Como se ha dicho antes, efectivamente el grupo mestizo creció al margen o más de allá de la estructura estamental y de la normatividad moral de la sociedad colonial, pero al menos algunas de sus conductas que deslegitimaban ese sistema contribuían a fundar otro, justamente el de la sociedad hondureña; y si bien fue una cultura que se constituyó desde la pobreza lo fue también en su contra: las estrategias de subsistencia, entre las que habría que contar la preferencia del trabajo remunerado en lugar del forzado y la multiplicación de la procreación en lugar de su restricción, contribuyeron no sólo a superar el modelo de economía colonial y a poblar el territorio, sino que a levantar propiamente lo que sería la nación.

Ramón Romero en un trabajo anterior había advertido sobre el peligro de intentar situar la identidad en un momento del pasado. Como Chávez y Barahona, Romero entendió la identidad nacional como una forma de conciencia colectiva en la que los miembros de la comunidad se reconocen formando parte de ella. En este sentido, la identidad se define como identificación, como el reconocimiento entre las personas que los intereses comunes, la historia o la cultura hacen posible. El problema de la identidad así entendida residía, según Romero, en que no podía dársele por fijada en un conjunto dado de elementos sin desvirtuarla en su dimensión histórica (Romero: 16).

“...los individuos como las sociedades son entes inacabados, en proceso permanente de autoconstrucción y por tanto capaces de propiedades emergentes. Los hombres están haciéndose siempre a sí mismos, autosuperándose, emancipándose de sí, del que se era para llegar a ser el que se quiere y se puede ser” (Id: 12).

En este sentido la identidad se encuentra forjando permanentemente, recibe la influencia del pasado y se proyecta al futuro, de modo que más que darla por algo acabado, según Romero, hacía falta entenderla

Dimensiones *emic/etic* en las visiones históricas de la cultura hondureña

Representantes de elite	Ideales normativos (dimensión <i>emic</i>)	Conductas (dimensión <i>etic</i>)
Evangelizadores	Sujeción a la autoridad Moralidad y sacramentalidad cristianas	Protestas, desobediencia del Estado, evasión tributaria, contrabando. Crueldad y abuso contra los indios, amancebamientos, robos, afición a la vagancia, al juego y la bebida.
Liberales	Consolidación del Estado con igualdad de derechos para los ciudadanos. Abolición de privilegios, igualdad de oportunidades. Difusión de la Ilustración, de la racionalidad y el espíritu científico.	Disputas caudillistas, guerras intestinas. Imposición de intereses personales, de grupo o de clase a través del Estado. Tradicionalismo, apego a las costumbres y a la religión.
Románticos	Patriotismo, civismo. Reunificación histórica y cultural: reivindicación del pasado indígena y del mestizaje.	Tristeza, sentimiento de derrota, desesperanza.
Pragmáticos	Vocación de progreso y engrandecimiento material y económico.	Incapacidad de la clase política para conducir la sociedad. Historia de fatalidad, debilidad de la raza.
Regionalistas	Liderazgo político y moral de la nación. Educación de las costumbres. Paz y progreso material.	Guerras civiles, caudillismo, violencia, explotación social, machismos, alcoholismo, paternidad irresponsable, pereza, indolencia, supersticiones, etc.
Identitarios	Identificación cultural nacional. Concienciación histórica. Participación política.	Alienación, fragmentación de la cultura, falta de memoria histórica. Cultura de la pobreza (apatía, fatalismo, complejo de inferioridad).

como un proyecto histórico, como identificación de la comunidad con el proyecto de nación que se quería construir.

“La identidad nacional se expresa principalmente en el hecho de compartir los miembros de una comunidad nacional un proyecto histórico que es económico, político, social y cultural... Sólo existe en la medida en que la mayoría de los miembros de la colectividad nacional actúan conscientes de que su trabajo es su propia contribución a un único proyecto... que sintetiza las esperanzas y los esfuerzos de toda la comunidad nacional” (Id:16).

Más que la dimensión cultural o histórica de la identidad, Romero destacaba su dimensión política, y la enmarcaba dentro de los esfuerzos por construir un Estado moderno. Su punto de vista lo resguardó de ejercer críticas esencialistas contra la cultura hondureña

pero no por ello dejó de encontrar obstáculos que aunque “coyunturales” encontraba importantes para el forjamiento de la identidad nacional. Entre estos obstáculos destacaba: la falta de integración orgánica de la conciencia colectiva de los hondureños; la condición de subordinación neocolonial; la ausencia de una clase dirigente nacional; y finalmente, el hecho de que el Estado se condujera al margen y frecuentemente en contra de los intereses de la nación.

Conclusión

Estas críticas de la cultura hondureña revisadas de forma sumaria hasta aquí, son refractarias de un malestar con respecto a las condiciones sociales y culturales, aunque, como se ha dicho antes expresan también ciertas aspiraciones para el país formuladas desde distintos marcos valorativos.

Las interpretaciones no sólo no se pueden tomar al pie de la letra en cuanto a los rasgos de la cultura que

presentan como distintivos –aunque tampoco pueden desconsiderarse como testimonios de época- sino que revelan ellas mismas actitudes culturales –sobre todo aquella negativa y escéptica respecto del hondureño- que ha tenido una cierta influencia en la historia del país.

Lo primero que debe destacarse de estas críticas es el estar construidas sobre la alteridad, desde una cierta posición social que proyecta su visión sobre los demás. Generalmente son representantes de las elites políticas o intelectuales que reaccionan contra aquellos comportamientos disfuncionales respecto de su marco normativo, un marco que intentan hacer extensivo o hegemónico en el país.

En segundo lugar, que la idea negativa del carácter del hondureño y de su cultura cuando se ofrece como una explicación de la pobreza o del atraso, encierra en realidad una incapacidad, pues se pretende atribuir al “modo de ser” lo que es consecuencia de múltiples factores endógenos y exógenos.

Un análisis más detallado de estas críticas es posible hacerlo valiéndose de las distinciones que establece la antropología entre la normatividad ideal de una cultura que constituye su dimensión *emic*, y las conductas y prácticas concretas de la sociedad que constituyen su dimensión *etic*.

La brecha *emic/etic* que se aprecia en las críticas de la cultura surge como consecuencia de la doble operación de señalar las conductas no deseadas y erigir las deseadas. A lo largo del tiempo puede verse que los contenidos de ambas dimensiones *etic/emic* han cambiado, en algunos casos se han contradicho, y en otros parecen repetirse. Durante la época colonial las protestas, la evasión tributaria, el contrabando y la desobediencia generalizada de las leyes hacen invocar la necesidad de que los habitantes del país se sujeten y reconozcan la autoridad del Estado y de sus representantes; e igualmente en este momento los abusos contra los indios, las uniones ilícitas y otras prácticas que desconocían las normas religiosas llevan a proclamar la necesidad de la moralidad y la sacramentalidad cristianas. Durante la época independiente mientras se viven las interminables luchas armadas por el poder y el intento de imponer por la fuerza los intereses personales, de grupo o de clase, los liberales hablaron de la necesidad de consolidar un Estado democrático que aboliera los privilegios, que extendiera las libertades, y que sirviera para alcanzar el bienestar de todos; y mientras la vida social se mostraba aún apegada a las formas de pensar religiosas y a las autoridades de la iglesia, los liberales hablaron de la necesidad de difundir las ideas de la ilustración, de la racionalidad y del espíritu científico.

Entre finales del siglo XIX y principios del XX, los románticos dan forma y contenido a una sensibilidad patriótica y se proponen elevar el orgullo de los ciudadanos por pertenecer a la nación, aunque estos pro-

pósitos nacen de la observancia de una historia que a su juicio había victimizado a los habitantes y que los había convertido en personas tristes, introvertidas y carentes de la esperanza y la autoconfianza necesarias para las grandes empresas. En las primeras décadas del siglo XX, los pragmáticos también hablaron de una historia de signo fatal y de la debilidad de carácter y ausencia de claridad de propósitos de los habitantes, de modo que a su juicio hacía falta entereza y sentido práctico, en lugar de palabrería política y lamentaciones, que permitieran perseguir la felicidad por la senda del progreso material y económico.

Los regionalistas en pleno siglo XX contribuyeron a acuñar el estereotipo del hondureño como un campesino, que en sus figuras más prominentes se mostraba propenso a la violencia, al alcoholismo y al maltrato de la mujer, y en sus figuras más comunes a la candidez y la ignorancia. Confrontados con la misma interminable situación de guerras caudillistas y atraso rural, los regionalistas pensaron también en la necesidad de un verdadero liderazgo moral y político para la nación y en educar con mano firme las costumbres inveteradas de la población.

Con el fin del siglo XX una nueva discusión sobre la cultura volvió a señalar sus lastres negativos y habló de la necesidad de forjar una identidad nacional sobre la que construir una nueva sociedad. Por primera vez, sin embargo, comenzó a verse la propia cultura no como un encadenamiento a la historia y las costumbres sino como un proyecto en construcción.

En general, estas observaciones expresan un enjuiciamiento de lo que se han considerado las costumbres del país desde la perspectiva de una crítica moral. La cultura aparece recurrentemente como un espacio caótico y turbulento de impulsos y pasiones no controlados, mientras el ejercicio crítico se erige como un momento de toma de conciencia y de formulación de horizontes éticos que se consideran válidos y necesarios para la sociedad. En este sentido, las observaciones revelan que la discusión sobre la cultura se ha encontrado directamente vinculada con los esfuerzos por fundar y organizar la sociedad.

No obstante, los términos de la discusión, tal como ha sido planteada, resultan de una validez limitada. Por una parte, las observaciones sobre la cultura no pueden tomarse como datos empíricos concluyentes, aún cuando tuvieran una base cierta, porque o asumen la hondureñidad como una esencia inmutable (a pesar de su dinamismo histórico) o establecen generalizaciones insostenibles (dan por propio de la cultura de los hondureños, lo que sólo podría ser característico de algunos de ellos o de una tendencia). Son además observaciones siempre negativas pues su propósito no es describir y valorar integralmente la cultura, sino rechazar las conductas disfuncionales o anarquizantes. Por otra parte, aunque las observaciones conducen a la discusión racional sobre los criterios sobre los que

han de fundarse las normas de convivencia social, lo cual es de importancia crucial para las sociedades, la incapacidad de superar los límites que impone la alteridad contrarresta una comprensión cabal de esas costumbres que se rechazan y a las que se les niega toda lógica (se niega lo que no se comprende, y se considera irracional lo que contraviene la propia lógica), cuando podrían encerrar una forma de crítica de otro tipo, hecha desde las conductas sociales y no desde la reflexión discursiva.

Así, por ejemplo, en la época colonial la desobediencia de las formas de autoridad del Estado y la iglesia o las uniones ilegítimas calificadas de amancebamientos transgredían la normatividad pero para fundar otro orden basado en el mestizaje y en la búsqueda de la libertad. Igualmente como a finales del siglo XIX y durante el siglo XX los señalamientos con respecto a la introversión y tristeza del hondureño, como con respecto a la falta de civismo, de claridad propósitos y a la negativa a sumarse al progreso pudieron encontrarse asociados a diversas formas de resistencia opuestas a las fuerzas del capitalismo y orientadas a la preservación de valores y formas de vida tradicionales.

Sin duda hace falta ver que la sociedad se construye oponiéndose a las costumbres y tendencias sociales pero también gracias a ellas. En alguna medida la transgresión de la normatividad social apunta al hecho de que la sociedad hondureña se ha construido rebasando sus límites, en la informalidad. Algunas de las conductas censuradas por la crítica, podrían verse desde un cierto ángulo como la expresión más o menos inconsciente de múltiples estrategias de subsistencia, del desbordamiento de unas normas y unas instituciones que constreñían las oportunidades y las libertades de las mayorías o que iban en contra de sus intereses inmediatos.

Uno de los problemas principales de esta discusión, sin embargo, se halla en el hecho de que tampoco puede darse por válida una completa liberalidad para con las costumbres e inclinaciones sociales. Las guerras civiles, la violencia, el machismo, los abusos, la explotación, la paternidad irresponsable, etc. resultan de difícil justificación. El relativismo y la demanda de apertura frente a la alteridad, no parece que debieran conducir al rechazo de la crítica moral. A pesar de su impronta europeo-occidental parece necesario reconocer que un impulso también central en la cultura es aquel orientado a la contención de las inclinaciones naturales, los impulsos personales, los intereses de grupos o las necesidades inmediatas, en procura de un bien común y duradero.

Cualquier sociedad que sea requiere que sus instituciones y sus formas de autoridad sean reconocidas y legitimadas por los individuos; los valores del bien y de la justicia, lo mismo que los de la igualdad y la libertad parecen irrenunciables para las sociedades actua-

les; como tampoco dejan de ser deseables la autoestima, la autoconfianza, el orgullo patriótico y el civismo; mientras que el aprovechamiento de los avances de la tecnología y la ciencia, y la búsqueda del bienestar y la felicidad parecen objetivos necesarios para el desarrollo. El reto para la construcción de la sociedad, ahora como antes, parece encontrarse en hallar la forma de reconocer sin complejos y apertura de miras la propia cultura, lo mismo que conseguir que sea posible cuestionarla y reinventarla si es necesario.

Bibliografía

- ACEVEDO, Ramón Luis. 1982. *La novela centroamericana. Desde el Popol Vuh hasta los umbrales de la Novela Actual*. Puerto Rico. Editorial Universitaria.
- ARGUETA, Mario. 1992. *Honduras y lo hondureño en la pluma de Rafael Heliodoro Valle*. Tegucigalpa.
- BARAHONA, Marvin. 1991. *Evolución histórica de la identidad nacional*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras. 1996. "Caudillismo y política en Honduras" *Paraninfo* 5(6):1-25. Tegucigalpa.
- BENN, S.I. y R.S. Peter. 1964. *The principles of political thought. Social Foundations of the Democratic State*. New York. Collier Books
- CÁCERES LARA, Víctor. 1995. *Cuentos Completos*. Tegucigalpa. Edit. Iberoamericana
- CADIÑANOS, Fr. Fernando. 1791. *Censo en Vallejo*, Antonio R. Primer Anuario Estadístico correspondiente al año de 1889. Tegucigalpa. UNAH. 1997
- CARIAS ZAPATA, Marcos 1980. *Obra Escogida de Ramón Rosa*. Edición de Marcos Carías Zapata. Tegucigalpa. Guaymuras
- CHAVEZ BORJAS, Manuel. 1985. *Identidad, cultura y nación en Honduras*. Tegucigalpa. Paradiso.
- DURANTI, Alessandro.. 2000. *Antropología lingüística*. Madrid. Cabridge University Press
- LEYVA, Héctor M. 1991. *Documentos coloniales de Honduras*. Tegucigalpa. CEHDES
- MACLEOD, Murdo J. *Historia Socio económica de la América Central*. 2ª ed. Guatemala. Piedra Santa.
- MEJÍA NIETO, Arturo. 1998. *Cuentos Completos*. Tegucigalpa. Editorial Iberoamericana.
- OQUELI, Ramón (Editor). 1972. *Paulino Valladares. El pensador y su mundo*. Tegucigalpa. Nuevo Continente.
- PASTOR FASQUELLE, Rodolfo. 1988. *Historia de cen-troamérica*. Guatemala. Piedra Santa.
- PEDRAZA, Cristobal. 1547 "Carta a Su Magestad" en Leyva, Héctor 1991. *Documentos coloniales de Honduras*. Tegucigalpa. CEHDES
- ROMERO, Ramón. 1990. *Identidad nacional en Honduras*. Tegucigalpa. UNAH.
- ROSALES, Salatiel. 1980. *Antología*. Tegucigalpa. UNAH.
- ROSA, Ramón. 1980. *Obra Escogida*. Edición de Marcos Carías Zapata. Tegucigalpa. Guaymuras.
- VALLE, José Cecilio. 1981. *José del Valle. Antología*. Tegucigalpa. UNAH.
- VALLEJO, Antonio R. 1997. *Primer Anuario Estadístico correspondiente al año de 1889*. Tegucigalpa. UNAH.
- VARGAS Y ABARCA, Fr. Alonso. 1682. "Testimonio de la fundación del colegio seminario de San Agustín de Comayagua" en Leyva, Héctor 1991. *Documentos coloniales de Honduras*. Tegucigalpa. CEHDES